

Políticas públicas, organizaciones sociales e incorporación migrante

Mujeres bolivianas en un comedor comunitario de la ciudad de La Plata.

Federico Rodrigo

Facultad de Periodismo y Comunicación Social - UNLP

Argentina

frodrigo@perio.unpl.edu.ar

Introducción

Este trabajo se pregunta por el proceso de "incorporación" que un grupo de mujeres bolivianas desarrolla a partir de su participación en un comedor comunitario de un "movimiento piquetero" situado en la periferia de la ciudad de La Plata. Por medio de este estudio, indagamos en la ampliación de las vías de integración migrante que provocan las interfaces entre organizaciones sociales y políticas públicas transcurridas en la última década: abordaremos su institucionalización y algunos de los reordenamientos simbólicos que producen.

Los elementos que constituyen el caso fueron relevados durante un trabajo de campo que tuvo su origen en abril de 2010 y aún continúa. A través de entrevistas y de la presencia en asambleas, jornadas de trabajo y manifestaciones de la organización, así como en otras instancias de sociabilidad -como fiestas patronales- en éste y otros barrios de la ciudad, se ha podido dar cuenta de las interconexiones entre la existencia de -y pertenencia a- redes de migrantes bolivianos en la zona y otras tramas relacionales y simbólicas que tienen al comedor comunitario estudiado como núcleo. Estos elementos son analizados desde el punto de vista de las estrategias de las migrantes ante las "estructuras de incentivos" que las políticas del Estado y la configuración de las organizaciones de la sociedad civil en la zona les delimitan.

Glick Schiller, Çaglar y Guldbrandsen nos dicen que su punto de partida para el estudio de la incorporación son los individuos migrantes, las redes que ellos forman y los campos sociales creados por esas redes. Ahora bien, por otro lado, destacan "el concepto de 'modo de incorporación' para enfatizar que diferentes dominios institucionales facilitan y

provocan la incorporación migrante”. Consecuentemente, afirman, su “análisis toma en cuenta el impacto de las estructuras sociales y las fuerzas globales en la formación de campos sociales” (Glick Schiller *et ál.*, 2006: 614). De esta manera, las estructuras de restricciones y oportunidades que habilitan el Estado, el mercado de trabajo, los programas de bienestar social, las tramas organizativas de la sociedad civil, la cultura del lugar de destino, etc., aparecen como factores contextuales de la experiencia migrante concreta.

De esta manera, a partir del caso estudiado, el trabajo comienza por reconocer los principales elementos que constituyen el “régimen de incorporación” que lo enmarca. Posteriormente se aborda el proceso de constitución del comedor y la importancia de las redes de migrantes en la zona en la que se emplaza. Por último, el artículo indaga en las posibilidades de incorporación a redes trans-étnicas y de adoptar posiciones identitarias no-migrantes que la participación en el comedor habilita.

Así, se espera dar cuenta de las interconexiones entre la morfología institucional/organizacional de los contextos territoriales de asentamiento migrante (fundamentalmente en grandes y medianas ciudades del país), el desarrollo de políticas sociales y migratorias y las estrategias de integración que en los últimos años han adoptado algunos grupos de migrantes. La pregunta por la incorporación, así, se entrama en el análisis de las modalidades organizativas de los sectores populares y en las reconfiguraciones del espacio público desarrolladas en los últimos años.

Régimen de incorporación: contexto institucional

En su estudio de los “régimenes de incorporación” en las democracias occidentales Gary Freeman nos dice que los Estados considerados en su trabajo no cuentan con un conjunto de políticas y mecanismos de integración coherentes. Por el contrario, afirma que “hay diversos campos de la sociedad donde uno se encuentra con regulaciones, instituciones y prácticas desarticuladas, multifacéticas y escasamente relacionadas entre sí que, en conjunto, constituyen el marco dentro del cual los inmigrantes y los nativos tratan de resolver sus diferencias” (Freeman, 2006: 132).

Argentina, en este sentido, no es una excepción. A pesar de no ser el objetivo de este trabajo dar cuenta de ese complejo y contradictorio conjunto de acciones y normativas,

consideramos importante remarcar algunos elementos que se manifiestan como “estructuras de incentivos” en la emergencia de una vía de incorporación para mujeres bolivianas a través de su participación en un comedor comunitario. En este sentido, resaltan por su magnitud dos series de políticas desarrolladas durante la pasada década.

Por un lado, encontramos a la ley de migraciones (ley 25.871) y al Programa Nacional de Normalización Documentaria Migratoria “Patria Grande” como dos importantes hitos en la materia. En cuanto a la primera, distintos autores reconocen que la misma implicó un cambio significativo en la manera de aproximarse al fenómeno migratorio, ya que adopta una perspectiva que reconoce a los migrantes como “sujetos de derecho” (Domenech, 2007; Vichich, 2005). Como destacan estos autores, la nueva ley “contempla específicamente cuestiones relativas a la integración social, económica (especialmente laboral), política y cultural de los migrantes” (Domenech, 2007: 7). Así la norma establece una serie de acciones que facilitan la admisión, el ingreso y la permanencia de los migrantes a servicios sociales básicos como salud, educación, justicia, trabajo, empleo y seguridad social.

En consonancia con este nuevo paradigma legal, a partir del año 2006 comenzó a implementarse el Programa Nacional de Normalización Documentaria Migratoria “Patria Grande”, “cuyo objetivo es la regularización de la situación migratoria y la inserción e integración de los extranjeros residentes en forma irregular en el país” (Dirección Nacional de Migraciones, 2010: 2), focalizándose en aquellos provenientes del Mercosur.

El “Informe Estadístico” que elaboró Dirección Nacional de Migraciones en relación a este programa resulta significativo respecto a los cambios que los poderes Ejecutivo y Legislativo introdujeron en la temática: “resultaba imperativo alcanzar una difusión masiva para poder llegar a todos los rincones del país y convencer a miles de migrantes descreídos de que, esta vez sí, el Estado había decidido resolver su situación migratoria” (Dirección Nacional de Migraciones, 2010: 4).

De esta manera, 423.697 personas se inscribieron en el Programa, otorgándose 98.539 radicaciones permanentes y 126.385 radicaciones temporarias. Más allá de los innegables avances de estas novedosas políticas, resulta significativo que 187.789 personas inscriptas “no completaron la documentación requerida para el trámite de regularización” (Dirección Nacional de Migraciones, 2010: 8). Esta elevada cantidad expresa, sin duda, una

advertencia sobre las posibles limitaciones que aún mantienen los migrantes limítrofes en su proceso de regularización jurídica.

Por otro lado, como se comprobará posteriormente, otro aspecto fundamental que compone el contexto en el cual se inserta la experiencia abordada lo constituye el tipo de políticas sociales implementadas en las últimas décadas tanto a nivel provincial como nacional.

En consonancia con las recomendaciones de distintos organismos internacionales, a partir de la década de 1990 se asumió la focalización de los recursos públicos como la forma más atinada para atender problemas tales como el desempleo, la informalización laboral y la pobreza. De esta manera, se “alentó la progresiva presencia de distintas organizaciones civiles que, ya sea administrando recursos del Estado o bien privados, asumieron la tarea de actuar sobre estas problemáticas” (Wyczykier, 2006). Así, el estímulo que recibieron resultó inédito y condujo a una transformación de las relaciones entre actores públicos y sociales marcadamente distinto al registrado en otros períodos históricos (Roberts, 2001).

Si bien el énfasis otorgado a las presiones impuestas por los organismos financieros internacionales es correcto, no alcanza para explicar las modalidades que adoptaron las políticas sociales desde la década de 1990 hasta la actualidad. En este sentido, una nutrida bibliografía destaca el surgimiento y/o consolidación en las periferias de las grandes y medianas ciudades del país de sujetos sociales emergentes que introdujeron formas relegadas de organización colectiva, especialmente con base en el asentamiento territorial, así como un abanico de demandas hasta entonces marginadas de las agendas políticas. De esta manera, los denominados “movimientos piqueteros”, en un contexto de creciente exclusión y de desarticulación de los actores sindicales, constituyeron buena parte de las redes sociales locales que presionaron por acceder por distintas vías a los recursos del Estado y sirvieron como base sobre la que se despegaron, en gran medida, las mencionadas políticas focalizadas. Así, este tipo de actores comenzó a ganar preponderancia en la morfología institucional/organizacional de numerosos “barrios” (Merklen, 2000, Auyero, 2000, Svampa y Pereyra, 2003; Svampa 2005; Grimson, 2009).

Si bien son escasos los trabajos que dan cuenta de la presencia de migrantes bolivianos/as en este tipo de organizaciones (son excepciones: Dodaro y Vázquez 2008 y Grimson 2009), sus patrones de asentamiento territorial ampliamente descriptos por la bibliografía especializada los sitúa en las mismas áreas en las cuales se destaca la mencionada

relevancia de los movimientos piqueteros y las organizaciones comunitarias en las redes de sociabilidad locales. Al mismo tiempo, las transformaciones en la legislación migratoria, así como las políticas que facilitan la regularización en la documentación, habilitaron a los migrantes la posibilidad del acceso a las diferentes políticas sociales gubernamentales, al posibilitar su ingreso al universo de potenciales beneficiarios. Esta relación entre co-presencia territorial y potencialidad de beneficios que gestionan (con diversos niveles de cooperación y conflicto) enmarca el caso que nutre este artículo.

Las mujeres bolivianas y el comedor comunitario

Nicolás, un vecino del barrio de algo más de 40 años, es reconocido por todos/as nuestros/as entrevistados/as como el principal promotor de la apertura del comedor en el año 2003. Habiendo arribado a la zona luego de una intensa actividad militante con pobladores wichis de la localidad salteña de Orán, por aquellos años se propuso participar de la construcción de las incipientes “experiencias piqueteras” de la ciudad de La Plata.

En una entrevista realizada en un local que la organización posee en el centro de la ciudad, este integrante de la Mesa Nacional del movimiento en el que se enmarca el comedor nos contaba que inicialmente el espacio estaba compuesto por un grupo de alrededor de 10 personas:

- Un grupo de jóvenes, pibes de una banda de cumbia, toda la banda, que eran hijos y sobrinos de esta compañera primera que ofrece su casa [en la que se emplaza originalmente el comedor]: todos argentinos y [por otro lado] varias compañeras bolivianas.

Ese grupo primigenio, a partir de establecer relaciones con otras experiencias territoriales de la ciudad y del conurbano bonaerense, decidió ampliar la escala de su acción e insertarse en la lucha política que establecen los “movimientos piqueteros”. Este proceso, que dio como resultado el surgimiento de lo que luego adoptará el nombre de Movimiento de Trabajadores Desocupados La Plata, era relatado por Nicolás de la siguiente manera:

- Recién arrancaba el proceso por la lucha por laburo que termina derivando, en el mismo esquema que se da el Estado, en la lucha por los planes sociales o programas sociales; así que nos metemos de lleno a laburar con eso, a luchar por eso.

Entonces, en el barrio:

- Se ocupa un terreno que es lo que hoy termina siendo el comedor. Se ocupan varios terrenos, en realidad se ocupan un par de manzanas, se conforma un asentamiento para dar respuesta a un montón de familias.

Este núcleo original, constituido en la búsqueda de alimentos, trabajo y vivienda, irá transformando su composición inicial. Repasando el proceso que deriva en la masificación de la presencia boliviana, que actualmente supera las 60 mujeres, Nicolás afirmaba:

- En el 2003, 2004, cuando se empieza el laburito [se refiere al comedor], la composición era 50% y 50%, argentina y boliviana (...) Las personas que primero se reinsertan al mercado laboral, producto de la reactivación entre comillas, y la generación de, en los barrios se vive más como una creación de changas... Los primeros que consiguen laburo son los pibes jóvenes y varones. En ese contexto, el grupo de pibes argentinos que eran los que estaban luchando en ese momento y eran la composición argentina del grupo son los primeros que vienen a la asamblea y nos dicen “che, todo bien, yo sigo participando pero desde acá”.

El entrevistado destaca a la necesidad económica y a las dificultades para insertarse en el mercado laboral que padecen las migrantes bolivianas como los aspectos fundamentales para su integración al comedor comunitario considerado. El trabajo en el campo y las entrevistas realizadas con estas mujeres nos sugieren que, además de lo mencionado, es necesario reconocer las facilidades que otorga el comedor para no descuidar las tareas domésticas asumidas.

Por razones de espacio y pertinencia no abordaremos esta complejidad de elementos que constituyen la participación de estas mujeres en la organización. Simplemente subrayaremos los motivos destacados para su integración y algunas interpretaciones relativas a la masificación de la experiencia.

En relación a la primera cuestión Inés, una mujer de algo más de 40 años que desde el 2000 vive en la zona, nos decía que esperaba mejorar los ingresos domésticos que brindaba su marido como empleado de la construcción:

- Por lo menos puedo ayudarlo porque no alcanza lo que trabaja él, tengo chicos grandotes que ya necesitan todo.

De esta forma, la búsqueda de mejorar el ingreso familiar transformó sus hábitos laborales. Ella afirmaba que durante los años pasados en Tarata (un pequeño pueblo en la periferia de

Cochabamba) había sido “ama de casa siempre”, pero una vez ingresada junto con su cuñada al comedor:

- Por \$150 trabajamos en la cocina, después de trabajar en la cocina trabajaba en la huerta, después de la huerta trabajaba en Copa de Leche, después de copa de Leche en la huerta, otra vez.

Manteniendo al aspecto económico como el factor prioritario, otra migrante cochabambina de alrededor de 50 años llamada Daría repasaba el proceso de crecimiento de la participación en el comedor. Mientras aguardábamos en la Estación de Trenes de La Plata a los otros “barrios” que conformarían la columna de la organización en una manifestación frente al Ministerio de Desarrollo de la Nación, nos decía:

- ¿Cuándo vos te sumaste eran poquitas?

- Eran 28, así... 28 estaban hasta donde yo entre, después ya se sumaron las otras.

- ¿Eso cuando fue? ¿Se acuerda el año?

- Era 2006, 2007.

- ¿Y por qué creció tanto?

- Porque salió más trabajo... Cooperativa empezó... Empezó y se sumaron más, más y aumentaron.

Daría, del mismo modo que Nicolás y otras entrevistadas, ubican el momento de masificación de la participación de migrantes en el comedor a partir del surgimiento de los programas de cooperativas que impulsan los Ministerios de Trabajo y Desarrollo Social de la Nación. A partir de los mismos, que forman grupos de trabajo dedicados a diferentes tareas (como zanjeo, limpieza y jardinería en el espacio público, o parquización de calles, etc.) y mantienen una remuneración más alta que el resto de las políticas sociales, muchas mujeres de nacionalidad boliviana que habitan el barrio decidieron incorporarse al comedor.

Estos testimonios evidencian cómo ciertos elementos del contexto político y legislativo nacional y provincial se articulan en y son articulados por distintas experiencias organizativas territoriales que habilitan, con bajos niveles relativos de búsqueda explícita, vías de incorporación migrante. Las políticas migratorias que permiten el acceso a ciertos beneficios sociales, conjuntamente con los comedores comunitarios y los movimientos piqueteros que entablan relaciones (con diversos niveles de cooperación y conflicto) con los

actores estatales que las gestionan, constituyen la posibilidad de que los “regímenes de incorporación” se extiendan sobre ciertos sectores poblacionales que el mercado laboral no contiene. En este sentido, como lo destaca Freeman en su estudio, la ampliación de las posibilidades de incorporación que registramos pareciera estar conformada por la intersección de políticas y acciones institucionales (públicas y de la sociedad civil) resultantes de procesos previamente no deliberados.

En lo subsiguiente veremos algunos elementos que complejizan la caracterización de este régimen de incorporación centrándonos en el factor que, en esta primera aproximación, aparece como el elemento dinámico de articulación: nos referimos a la propia agencia migrante y las redes que la componen.

Redes étnico-nacionales: un comedor “de o para paisanas”

Distintos testimonios dan cuenta de la influencia de parientes y vecinas -en origen y destino- en el proceso de masificación de la presencia boliviana en el comedor estudiado. Es considerable la cantidad de casos en los que madres, hijas, primas, cuñadas, sobrinas, etc., son destacadas como las causantes de la circulación de información relativa a las actividades de la organización que propició el ingreso de nuevas integrantes. De la misma manera, el asentamiento en el barrio de numerosas familias provenientes de la periferia de la ciudad de Cochabamba posibilitó que muchas mujeres se reencontraran en este nuevo contexto con amigas de la vida previa a la migración. Así, estas relaciones rehabilitadas se superponen con las familiares generando una intensa red de interacciones que acercó la existencia del comedor a la experiencia cotidiana de muchas de ellas.

Ahora bien, distintos testimonios permiten observar que este pequeño conjunto relacional nucleado en rededor del comedor comunitario sumerge al mismo en una trama social vinculada principalmente a la ciudad de Cochabamba, pero también compuesta por algunas personas provenientes de las ciudades de Sucre y La Paz. Entonces, esta red de redes que conforma la “trama social boliviana” situada en la zona contextualiza al emplazamiento organizacional estudiado en este artículo. Así, como complemento de lo anteriormente mencionado, quisiéramos destacar que la “bolivianización” del comedor ha permitido su

puesta en conocimiento de otras migrantes que no necesariamente tenían conocidas entre sus integrantes.

El caso de Felipa, una mujer de algo más de 30 años con una historia migratoria que incluye algunas ciudades bolivianas y argentinas, nos ilustra esta dinámica. Nos decía en una entrevista realizada en el mismo comedor que tan sólo una semana después de arribada al barrio, una de sus nuevas vecinas -también boliviana- le dijo:

- Hija tengo una curiosidad que unas señoras van ahí atrás y se reúnen. Por ahí consiguen trabajo... Es un comedor.

Así, en el año 2005 asistieron a su primera asamblea:

- Sin saber bien qué era, a dónde estábamos yendo, agarramos y fuimos. Escuchamos lo que hablaban y cuando terminaron de hacer la reunión le preguntamos a una señora cómo era. Que me explique la señora: qué es un Comedor, el Plan, que puede ir a cocinar, te puedes llevar comida por caja...

Este testimonio advierte acerca del reconocimiento del comedor como una experiencia “*de o para* -aún no podríamos precisar esta cuestión- paisanos” entre la población boliviana del barrio.

La información relevada nos permite profundizar aún más esta imbricación del comedor en las redes de migrantes del barrio. Consideramos que, al referirse al desarrollo de distintas cuestiones conflictivas en el devenir de esta experiencia, nuestras entrevistadas ponen de manifiesto que ciertas expectativas de comportamiento recíproco y criterios de valoración de las participantes tienen como referencia el estar “*entre paisanas*”.

Silvia, una joven de 25 años que antes de integrarse a la organización tuvo experiencias laborales en verdulerías y talleres textiles, nos explicaba las dificultades que encontraba al realizar las tareas de lo que en el comedor definen como “Administración”. Nos decía que:

- Peleas hay siempre, mironeamientos, así: uno cobra más, uno cobra menos, uno agarra Administración o no agarra, siempre hay.

Con estos “mironeamientos”, que implican “mirar mal” o “hablar mal” de alguien generalmente en grupo, se destacan las tensiones por la distribución de los recursos y las tareas en el comedor. Al explicitarnos el desarrollo de sus funciones, Silvia ahondaba en las tensiones que se producen:

- Yo me encargo de los plan Barrios (...) Agarro el listado, quién [del comedor] cobra de qué y si cobran o no y ese listado tengo que hacer una lista de todas las compañeras y entregar al de Finanzas del grupo de la organización.

- Claro, ¿y por qué se enojan con las que están en Administración?

- Piensan que... Quieren que les pongamos a sus familiares que no sean de la organización... y esas cosas no me gustan (...) Yo sumo todos los que participan, todos los que... A mi también me controlan de la organización: me piden el listado, tengo el listado y según lo que participan. Pero si no participan, yo no puedo. Es como decir que no hay que ser cómplice de nada, y eso no les gusta.

En el testimonio de Silvia llama la atención el tipo de pedido que, al parecer, le formulan algunas de las integrantes del espacio. Según su relato, la demanda implica obviar las reglas de designación de cobros de la organización, a partir de privilegiar otro tipo de solidaridades. El “vecinazgo”, el “paisanaje” o, simplemente, la amistad, conspiran de este modo contra el tipo de vínculo que el movimiento define estatutariamente. En este sentido, entendemos que las redes conformadas con otras migrantes por fuera de la organización son fundamentales en el modo en el que las migrantes consideran al espacio.

Otro elemento que refuerza esta interpretación está dado por las burlas que, según algunas de nuestras informantes, se realizan entre estas mujeres. Este es uno de los motivos que destacan como inhibidor de la participación en los debates que se suscitan en las asambleas. En este sentido, ante nuestra pregunta acerca de la poca participación en los diálogos colectivos, otra de las integrantes que se incorporó al espacio tras su divorcio en 2008 llamada Alicia nos decía:

- No se, algunas mas calladas, algunas no hablamos bien el castellano. Intentando profundizar en los motivos de esta “vergüenza”, afirmaba que sus compañeras:

- Se burlan si no hablamos bien; si no sabes mejor callada.

Entonces, este mecanismo coercitivo regula la “toma de la palabra” entre las bolivianas al establecer cierta escala de prestigio vinculada al manejo del idioma oficial en el contexto de destino.

De este modo, vemos que tanto el ingreso al comedor como algunos aspectos que implica la participación en el mismo se vinculan con la integración del espacio en una red de relaciones que abarca a una parte de la población de nacionalidad boliviana del barrio. En

este sentido, esta vía de incorporación aparece fuertemente relacionada a la vida de la colectividad étnico-nacional: “incorporación a la sociedad receptora” y redes nacionales aparecen fuertemente imbricadas.

El comedor comunitario y la incorporación a la “clase”.

Sin embargo, esta vinculación entre el comedor comunitario y las redes entre migrantes bolivianos de la zona no agota las significaciones que adquiere la experiencia para sus participantes. Por el contrario, distintos testimonios nos llevan a introducir la indagación en torno a la ampliación de tales redes con la consecuente atribución de otras posiciones identitarias que la organización permite. De esta manera, diferentes elementos constitutivos del concepto de clase social “como proceso cultural y político” (Grimson, 2009: 225) emergen a la consideración.

En este sentido, Alejandro Grimson reconoce en “Articulaciones cambiantes de clase y etnicidad: una villa miseria de Buenos Aires” tres lugares desde los cuales concebir el concepto de clase social. Con una explícita y evidente deuda con los trabajos de Edward Palmer Thompson (Thompson, 1995), además de la tradicional referencia a las diferencias estructurales en el acceso a los recursos y el poder, Grimson destaca que es necesario entender a la clase como un tipo de “identificación” que se encuentra vinculada, generalmente, al reconocimiento de una “cultura de clase”. La misma no alude a universos homogéneos sino a “ciertos códigos dentro de los cuales se desarrollan sentimientos comunes y disputas”, en palabras de Claudia Fonseca citada por Grimson: “prácticas o experiencias compartidas en el día a día en el ámbito de un determinado modo o padrón de vida” (Grimson, 2009: 225).

La entrada estructural a este aspecto ha sido abordada lateralmente al destacar el patrón de asentamiento de este grupo migrante y su inserción en la vida laboral a través de las políticas sociales que promueve el Estado. Focalicémos, entonces, en los procesos de reconocimiento de experiencias compartidas y en las identificaciones que esto posibilita.

De acuerdo a lo que afirman, muchas de nuestras entrevistadas participan de un número reducido de espacios de socialización. El ámbito doméstico y familiar, así como las

relaciones de amistad que se continúan en destino, aparecen, casi exclusivamente, como los contextos de interacción con otros/as¹.

En sentido, debido a que en el comedor los grupos de trabajo se conforman articulando con integrantes de otros barrios y/u organizaciones, para muchas mujeres el ingreso al mismo representa, en muchos casos, el primer espacio de encuentro que trasciende los límites de la colectividad de la que forman parte.

Para materializar los cambios que se producen -inclusive en la performance interactiva de las migrantes- citamos el testimonio de Victoria, quien con sus 22 años lleva 18 viviendo en Argentina. Mientras supervisaba los juegos de su hijo con los perros que deambulan por el comedor, esta joven afirmaba que a partir de su ingreso a las cooperativas de trabajo su madre estaba “más charlatana”; ante nuestra insistencia para que profundice esta cuestión, nos decía:

- Si, porque conoce diferente gente. Por ejemplo, nosotros trabajamos con argentinos o misioneros, las chicas de allá, que vienen de otro barrio son de Misiones: es como otra cultura.

El énfasis de Victoria en atribuir los cambios de ánimo de su madre a la posibilidad de “conocer diferente gente” que le permite el trabajo en las cooperativas, evidencia que la organización abre la red de relaciones en las que se inscriben estas mujeres. Cuando afirma que su madre “está más charlatana”, lo que nos manifiesta es que esta nueva posibilidad de socialización transforma su modo de vincularse, al compartir en un marco común experiencias con participantes de lo que Victoria denomina “otras culturas”.

Intervenir en espacios de encuentro con otros permite crear y recrear códigos de relación e identificación. Entonces, las solidaridades y pertenencias pueden redefinirse con la incorporación de nuevos contextos de socialización en la experiencia diaria de los sujetos. A su vez, cuando el vínculo cotidiano se afectiviza las posibilidades de valorar la “práctica compartida” se potencian. En este sentido, durante su descanso laboral la ya citada Inés se

¹ Ya en sus trabajos de la década de 1980 Jorge Balán observaba una dinámica de “reducción de la autonomía” de las mujeres migrantes bolivianas en el Área Metropolitana de Buenos Aires. Más allá de las profundas transformaciones que opera el paso del tiempo, su constatación de que las condiciones del mercado laboral y ciertos aspectos culturales –como la división del trabajo doméstico- restringen las oportunidades de las mujeres migrantes, parece mantener su vigencia y explicar, al menos en parte, los escasos contextos de socialización de los que participan muchas de nuestras entrevistadas (Balán, 1990).

refería al trabajo diario que realiza en una huerta de la organización a través del programa de cooperativas “Argentina Trabaja”, afirmando:

- Ahora aquí, cada mañana, somos amigas. Hablamos de todo, todo nos cuenta como es la historia, todo nos contamos a veces.

Consideramos que este proceso de reconocimiento en/con *otras*, unas *otras* muchas veces no-migrantes y/o no-bolivianas, está en la base de la asunción de ciertos rasgos de una identidad de clase que observamos en nuestras entrevistas. Fundamentalmente, lo que hallamos es que, en determinadas circunstancias, algunas de las mujeres referenciadas adoptan los elementos del discurso de la organización que articulan la pertenencia social con aspectos de la lucha política.

Si bien no encontramos autoidentificaciones como “piqueteras” entre las mujeres del comedor, es posible reconocer un posicionamiento que entrecruza demandas como trabajo, servicios públicos o acceso a los programas de asistencia social, con la reivindicación del accionar político de las organizaciones sociales. En este sentido, Alicia nos decía que:

- A mi también me gustaba parar en los piquetes, me gusta (...) porque caminamos, luchamos, conseguimos trabajo, por eso.

Como se observa, estos elementos identitarios se encuentran estrechamente ligados con valoraciones ideológicas respecto a la legitimidad de la lucha. Al mismo tiempo, el plural que utiliza Alicia (“caminamos, luchamos, conseguimos trabajo”) nos habla del reconocimiento de una experiencia compartida, experiencia que vuelve colectiva (en la “lucha”) la pertenencia social.

De esta manera, al posicionarse como miembros de segmentos poblacionales (“los/as trabajadores/as desocupados/as”) reconocidos tanto por el dispositivo de políticas sociales como por el discurso público dominante en la sociedad receptora, estas mujeres se encuentran habilitadas para exigir el cumplimiento de ciertos derechos económicos y sociales a través de su ingreso a la arena política. Entendemos que el placer o gusto que dicen experimentar en esta actividad se relaciona con la aceptación de que lo demandado les corresponde.

En este sentido, Felipa nos decía:

- Después de un tiempo me gustaba poder participar en las reuniones, poder informarme también lo que se trataba, qué se discutía... Me encantaba esas cosas (...) Es muy lindo poder luchar por las cosas que nosotros hacemos, conseguir con la lucha.

De esta manera, siguiendo a Benencia (2011), entendemos que así como las referencias a la “bolivianización” del comedor manifestaron la capacidad del espacio de reproducir y ampliar redes relacionales *fuertes*, de estrecho reconocimiento recíproco, la posibilidad de extender los marcos de socialización evidencia su relevancia en la formulación de lazos *débiles*, que son los que “permiten encontrar, entre otras oportunidades, la opción a la movilidad social y/o al crecimiento del grupo original”, del mismo modo que “las posibilidades de participación política de los inmigrantes” (Benencia, 2011: 293).

Entonces, a partir de estos hallazgos es posible proponer que el comedor opera un “enclasmamiento” de las mujeres bolivianas que lo integran. Al ampliar su red de sociabilidades y sostener los contextos a partir de los cuales adoptan y experimentan identificaciones vinculadas a la “clase”, este espacio se manifiesta como una vía de ingreso a posiciones legítimas en la disputa por la distribución de los recursos.

Excursus. Incorporación y posiciones en el espacio público: una breve comparación

Así las cosas, quisiéramos detenernos un instante en problematizar la elasticidad del “régimen de incorporación” que manifiesta el “enclasmamiento” que opera el comedor. Encontramos productivos para iluminar esta cuestión comparar el citado caso con lo expuesto por Riva Kastoryano en “Religión e incorporación. El Islam en Francia y Alemania”.

Esta autora destaca que, luego de la institucionalización del “derecho a la diferencia” promovida por el gobierno socialista en 1981, en la república francesa “las identidades [religiosas] constituyen ahora a las comunidades [migrantes], con el objeto de competir por los recursos del Estado” (Kastoryano, 2006: 445). De esta manera, Kastoryano observa, luego de las citadas transformaciones jurídicas, una reestructuración organizativa en clave religiosa de los y las inmigrantes en el contexto galo.

Según explica, a partir de las discusiones que se suscitaron en el mencionado país en torno a la posibilidad de que mujeres musulmanas asistan a la escuela con sus tradicionales

“cendales”, con la consecuente mediación que realizaron los *imanes* de esta religión, el Islam se convirtió en una diferencia reconocida en el espacio público y, por lo tanto, habilitada en la puja por determinados recursos: “este énfasis en el Islam como nuevo sujeto u objeto de la sociedad francesa, y en las poblaciones musulmanas dentro de un discurso público cultural e ideológico, ha facilitado que las familias musulmanas opten por situar la identidad religiosa en el centro de sus intereses políticos” (Kastoryano, 2006: 448). A diferencia de lo planteado por esta autora, en el caso estudiado la conformación de la “comunidad legítima” en la disputa por los recursos, al menos desde la perspectiva de las citadas mujeres, está circunscripta a la clase. Entonces, desde el punto de vista de la “incorporación migrante”, la participación en el movimiento piquetero implica un movimiento hacia posiciones no-migrantes, instituidas en la articulación entre políticas sociales y transformaciones en la acción colectiva expuestas previamente.

En este sentido, observamos que mientras en el caso expuesto por Kastoriano lo que se percibe es una ampliación del universo de posiciones legítimas en el espacio público, la estrategia de acceso a éste que encontramos entre las bolivianas objeto de nuestra investigación se da por medio de un corrimiento del lugar de la diferencia, en beneficio de posiciones ya instituidas. Es decir que nuestras informantes no encuentran en el comedor un espacio que permite la ampliación del reconocimiento de la *otredad* en el contexto de recepción, sino que, por el contrario, la capacidad de articulación de la población migrante con las instituciones estatales que se pondera parece circunscribirse a su capacidad para situarlos en el lugar (previamente constituido y legitimado) de las “desocupadas”.

Simultaneidad de pertenencias: “asimilacionismo estratégico” a través de redes étnicas.

Lo expuesto introduce un matiz en relación a lo planteado anteriormente: si bien el comedor es un lugar “*de o para paisanas*”, motivo por el cual el grupo de referencia toma la decisión de ingresar, esto no significa que al participar se reivindique esta pertenencia. Entonces, el interrogante que guía este apartado cuestiona el sentido que estas mujeres le asignan a la “comunidad” étnico-nacional desde el punto de vista de la “incorporación”.

Como se afirmó precedentemente nuestras informantes adultas y mayores sostienen un número reducido de espacios de socialización, siendo la mayoría de ellos espacios “intraculturales” (Gimson, 2000). Estos espacios y las redes que los constituyen operan buena parte de las oportunidades que experimentan. Sus elecciones laborales, así como la lógica que atraviesa su dinámica migratoria, están fuertemente influidas por la trama “boliviana” que ayudan a componer.

Sin embargo, distintos testimonios manifiestan la voluntad de ampliar estas redes e integrarse a cadenas relacionales con mayor protagonismo de los nativos de la sociedad receptora. En algunos casos, inclusive, esta pretensión parece implicar el borramiento/ocultamiento de la condición migrante, para integrarse como “un/a argentino/a más”. Ante la necesidad de profundizar en la indagación de este fenómeno, proponemos provisoriamente la noción de “asimilacionismo estratégico” para describir esta voluntad. Entonces, el “enclasmiento” que habilita el comedor, descrito anteriormente, pareciera constituir una manifestación de esta estrategia.

Ahora bien, diferentes testimonios evidencian que el mismo se expresa en un abanico amplio de esferas. En este sentido, debemos reconocer que esta búsqueda, en sus manifestaciones más intensas, suele estar referida con mayor vigor a los hijos que al propio devenir. Así, el imperativo para los/as niños/as pequeños/as (en muchos casos “segunda generación”, es decir, ciudadanos argentinos) es el de adquirir las aptitudes necesarias para integrarse sin evidenciar sus orígenes familiares.

El modo en el que Daría seleccionó la escuela a la que asiste su hijo de 9 años, nos permite ilustrar esta estrategia. Reprozcamos un fragmento de nuestro diálogo:

- Daría ¿a qué Escuela asiste su hijo?

- A la Escuela 11.

- ¿Es de ahí de [da el nombre del barrio en el que vive] la escuela 11?

- No, Calle 12 y 68, acá [12 y 68 es una referencia ubicada dentro del casco urbano de la ciudad, a unas 40 cuadras del comedor estudiado].

- ¿Y por qué eligió esa escuela?

- Porque ahí un poquito más alejados están. De los chiquitos cholitos más alejaditos están. A escuela 40 ahí van chicos del barrio.

- ¿Usted no quiere que vaya con los chicos del barrio?

- No. Hablan mal. Los chicos aprenden eso y quieren ser igual.

De esta manera, Daría evidencia la voluntad de que su hijo, a través de un manejo del lenguaje similar al “castellano nativo”, logre asimilarse evitando el círculo de “cholitos” que identifica en la Escuela cercana al barrio en el que vive. Así, la búsqueda de integración puede darse en detrimento directo de la identidad étnico-nacional².

Pero entonces, la emergencia de este “asimilacionismo estratégico” en el comedor, ¿cuestiona su entidad de lugar “*de o para paisanas*” expuesto precedentemente?

En primer lugar, entendemos que la mencionada estrategia no implica una negación de la colectividad, sino un intento de extender sus límites. Focalizándonos en el comedor comunitario, observamos que, en su amplia mayoría, se encuentra compuesto por mujeres oriundas de Bolivia. Así, más allá de esta búsqueda de colegios céntricos para sus hijos, nuestras informantes eligen seguir manteniendo ámbitos de socialización ligados a su pertenencia étnico-nacional. Por lo demás, resulta evidente que esta pertenencia (y las relaciones que la sostienen) operan como un recurso que interviene en la posibilidad de acceso al espacio.

Sin embargo, por otro lado, cuando se las interpela desde el punto de vista de la búsqueda de recursos, nuestras entrevistadas adoptan posiciones identitarias relativas a la “clase”. De este modo, parecen replicar el “asimilacionismo estratégico” en función de sus propios contextos de intervención.

En este marco, observamos que la participación en el comedor estudiado permite desarrollar y fortalecer esta estrategia. Tanto por el capital social trans-étnico que pone a disposición de sus integrantes, como por el repertorio de posiciones legítimas que sustentan su práctica, este espacio abre una vía de incorporación a redes institucionales de forma relativamente estable, permitiendo la conformación de *lazos débiles* (Benencia, 2011). Entonces, las redes étnicas se manifiestan como un recurso que posibilita acceder a espacios en los cuales el “asimilacionismo estratégico” encuentra un sustento mayor. De esta manera, la pertenencia a la colectividad, así como el intento de disimularlo que orienta

² En el texto citado Alejandro Grimson destaca un “clasismo estratégico” de parte de migrantes que gestionan demandas al Estado a partir de adoptar posiciones identitarias relativas a la clase (Grimson, 2009: 245). Recuperando su perspectiva, elegimos nombrar esta estrategia como “asimilacionista”, ya que, además de un posicionamiento de clase, entendemos que conlleva la búsqueda de disimular en ciertos espacios la historia migratoria personal y/o familiar.

las estrategias de incorporación relevadas en este trabajo, manifiestan un importante grado de simultaneidad (Levitt y Glick Shiller 2004).

Conclusión

El acceso al “régimen nacional de incorporación” que realiza el grupo de migrantes consideradas en el presente trabajo no se efectúa por medio de instituciones u organizaciones étnicas. Por el contrario, la vía de incorporación que han desarrollado emerge en el entrecruzamiento entre políticas sociales, movimientos piqueteros y transformaciones en la legislación migratoria.

Este conjunto de afluentes, que en sus declaraciones de principios se manifiestan paralelos, no necesariamente conectados, encuentra su articulación a partir de las prácticas que estas mujeres desarrollan en su búsqueda por acceder a los recursos que garanticen la satisfacción de sus derechos. La confluencia que habilitan permite extender los regímenes de incorporación consignando, de hecho, alternativas no previstas.

Sin embargo, las “estructuras de incentivos” que constituye la trama institucional parecen condicionar el devenir del proceso. La articulación mencionada posiciona a la pertenencia social (el ser “trabajadoras desocupadas”) como el factor que da legitimidad a la participación en este conjunto de organizaciones y políticas. De este modo, en concordancia con esta premisa, cuando las mujeres bolivianas defienden su derecho al acceso a los beneficios sociales, adoptan posiciones identitarias relativas a la “clase”.

Desde esta perspectiva, el comedor se manifiesta como un mecanismo que permite el “enclasmiento” de las mujeres bolivianas. Al abrirles una trama relacional más amplia que la que delimitan las redes étnicas, posibilitando un reconocimiento en/con *otros* muchas veces no-migrantes, la participación en la organización sustenta un movimiento de adopción identitaria que las habilita para demandar el cumplimiento de sus derechos económicos y sociales.

Así, el ingreso a la organización permite desplegar un “asimilacionismo estratégico” presente también en otras esferas de la actividad de estas mujeres. El intento por disimular la pertenencia “migrante”, especialmente en el caso de sus hijos, encuentra en el comedor elementos con los cuales desarrollarse.

Sin embargo, esta estrategia no implica un abandono de la pertenencia y los vínculos con la colectividad. Por el contrario, la búsqueda de posiciones legítimas en la disputa por los recursos se realiza a través de las redes étnicas y del capital social que allí circula. Además, la participación -incluso organizativa y financieramente- de muchas de nuestras entrevistadas en fiestas patronales en diferentes zonas de la ciudad da cuenta de vitalidad que ayudan a imprimirle a la “colectividad”, muchas veces utilizando recursos a los que acceden a través del “asimilacionismo estratégico”. De esta manera, observamos que, en la práctica, la pertenencia étnica y de clase mantiene niveles elevados de simultaneidad, a pesar de que, en determinados contextos, se efectúan movimientos de solapamiento.

Bibliografía

AUYERO, JAVIER. 2000. “Cultura política, destitución social y clientelismo político en Buenos Aires. Un estudio Etnográfico”. En Svampa, Maristella (ed), *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Buenos Aires, Biblos.

BALÁN, JORGE. 1990. “La economía doméstica y las diferencias entre los sexos en las migraciones internacionales: un estudio sobre el caso de los bolivianos en la Argentina”. *Estudios Migratorios Latinoamericanos*. Nº 15-16. Buenos Aires.

BENENCIA, ROBERTO. 2011. “Los inmigrantes bolivianos, ¿sujetos de agenda política en la Argentina? En Feldman-Bianco, et. al., (comps) *La construcción social del sujeto migrante en América Latina*, Quito, FLACSO-CLACSO-Universidad Alberto Hurtado.

DIRECCIÓN NACIONAL DE MIGRACIONES. 2010. “Patria Grande. Programa Nacional de Normalización Documentaria Migratoria. Informe estadístico”. En web: http://www.migraciones.gov.ar/pdf_varios/estadisticas/Patria_Grande.pdf. Última revisión 25/02/2012.

DODARO, CRISTIAN ADRIÁN Y VÁZQUEZ, MAURO GASTÓN. 2008. “Representaciones y resistencias sobre/en grupos migrantes. Política y visibilidad(es)”, en Alabarces, Pablo y Rodríguez, María Graciela (comp.), *Resistencias y Mediaciones. Estudios sobre cultura popular*, Paidós.

DOMENECH, Eduardo. 2007. "Inmigración, estado y educación en Argentina: ¿Hacia nuevas políticas de integración?". Universidad Nacional de Córdoba, Centro de Estudios Avanzados.

FREEMAN, GARY. 2006. “Factores que hacen y deshacen las políticas migratorias”. En Alejandro Portes y Josh DeWind (coord.) *Repensando las Migraciones: Nuevas Perspectivas Teóricas y*

Empíricas. Colección América Latina y el Nuevo Orden Mundial. México: Miguel Ángel Porrúa, UAZ, Secretaría de Gobernación Instituto Nacional de Migración.

GLICK SCHILLER, NINA; ÇAĞLAR, AYŞE y GULDBRANDSEN, THADDEUS. 2006. "Beyond the ethnic lens: locality, globality, and born-again incorporation". En *American Ethnologist*, Vol. 33, N° 4.

GRIMSON, ALEJANDRO. 2000. *Interculturalidad y Comunicación*. Norma. Buenos Aires.

GRIMSON, ALEJANDRO. 2009. "Articulaciones cambiantes de clase y etnicidad: una villa miseria de Buenos Aires". En: Grimson, Alejandro; Ferraudi Curto, M. Cecilia y Segura, Ramiro (comps) *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires. Prometeo.

KASTORIANO, RIVA. 2006. "Religión e incorporación: el Islam en Francia y Alemania". En Portes, Alejandro y De Wind, Josh (coord.) *Repensando las migraciones: Nuevas Perspectivas Teóricas y Empíricas*. Colección América Latina y el Nuevo Orden Mundial. México: Miguel Ángel Porrúa, UAZ, Secretaría de Gobernación Instituto Nacional de Migración.

LEVITT, Peggy y GLICK SCHILLER, Nina (2004) "Perspectivas internacionales sobre migración: conceptualizar la simultaneidad". *Migración y Desarrollo*, N° 3, pp. 60-91. México. Disponible en: <http://www.estudiosdeldesarrollo.net/revista/rev3/6.pdf>

MERKLEN, DANIEL. 2000. "Vivir en los márgenes: la lógica del cazador. Notas sobre sociabilidad y cultura en los asentamientos del Gran Buenos Aires hacia fines de los 90" en Svampa, Maristella (ed.) *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Buenos Aires, Biblos.

ROBERTS, BRYAN. 2001. "The new social policies in Latin America and the development of citizenship: An interface perspective". Documento presentado en el Workshop on Agency, Knowledge and Power: New Directions, Universidad de Wageningen, diciembre de 2001.

SVAMPA, Maristella y PEREYRA Sebastián (2003) *Entre la Ruta y el Barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires. Biblos.

SVAMPA, Maristella (2005) *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires. Taurus.

THOMPSON, EDWARD PALMER, *Costumbres en común* (Introducción, Capítulos IV y V). Crítica, Barcelona, 1995.

VICHICH, NORA. 2005. "El Mercosur y la migración internacional". Expert Group Meeting on International Migration and Development in Latin America and the Caribbean, United Nations Secretariat. México.

WYCZYKIER, GABRIELA. 2006. "De conflictos y negociaciones. La vinculación de las organizaciones civiles y el Estado en la implementación del Programa Jefe/as de Hogar

Desempleados”. En: Acuña, Carlos; Jelin, Elizabeth y Kessler, Gabriel. *Políticas sociales y acción local*, IDES, Buenos Aires.